

El desarme de ETA: la hora de la esperanza

El pasado 17 de marzo se conocía a través del diario francés *Le Monde* que el 8 de abril ETA procedería a entregar el resto de las armas que componían su arsenal. La noticia fue recibida con cierta frialdad en los medios de comunicación. Los partidos políticos nacionales coincidieron en identificarla con la realidad de la derrota policial de la banda. En el País Vasco, el PNV definía el paso como lógico, y algo por lo que se había trabajado —en silencio y con discreción— durante meses. La izquierda abertzale dio credibilidad a la noticia, aunque apuntaba que todo podía fracasar por la hostilidad de los gobiernos español y francés. Todo parecía responder a un ritual bien trabado, en el que los participantes tenían claro su papel y sus líneas en el guion. Tal y como se anunció, en la fecha señalada y en el ayuntamiento de Bayona en el País Vasco francés, se certificaba la entrega de ciento veinte armas de fuego, tres toneladas de explosivos, miles de detonadores y munición, informando a la gendarmería de la localización exacta de los lugares donde se custodiaban. Entre los miembros de la comisión verificadora se encontraban el arzobispo de Bolonia, Matteo Zuppi, y el pastor metodista Harold Good, quien ya había participado en el proceso de entrega de armas del IRA en 2005. Más allá de las declaraciones políticas, necesariamente medidas y cautas, la inmensa mayoría de la ciudadanía ha reaccionado con ilusión ante el nuevo paso, que apuntaría al siguiente de la disolución de ETA.

El desarme de ETA supone el paso más reciente de un proceso que se inició el 20 de octubre de 2011 con el anuncio del cese definitivo de su actividad armada. No era la primera vez que la organización terrorista anunciaba períodos de alto el fuego, pero

en aquel momento tanto el “carácter definitivo” del anuncio como la realidad de que la organización había perdido la mayor parte de su operatividad ante la acción policial, consagraron la visión de que aquello era el comienzo del fin. La noticia la recibía una sociedad que paulatinamente había negado al terrorismo los espacios de legitimidad política que reclamaba, hasta convertirlo definitivamente en marginal. La ciudadanía vasca, y el conjunto de la española, acogieron la noticia con alivio y esperanza, y la velada convicción de que ese paso no tendría ya vuelta atrás.

ETA y su trayectoria

Para referir el origen de la organización hay que retroceder hasta la dictadura y los cambios sociales que tuvieron lugar en el País Vasco a partir de la década de los cincuenta. Mutaciones económicas y sociales que produjeron una transformación frenética del territorio y una quiebra en el seno del nacionalismo vasco. Sectores dentro de las juventudes nacionalistas, desencantados con el tono conservador de sus dirigentes, agitados por la efervescencia de nuevas ideologías de izquierdas, e impacientes ante la perpetuación de la dictadura, constituyeron *Euskadi ta Askatasuna* (País Vasco y Libertad). Sus dos primeros asesinatos reivindicados datan de 1968. Era el inicio de una sangrienta trayectoria de 43 años, con hitos como el asesinato del Almirante Carrero Blanco en 1973, y que se intensificó tras la llegada de la democracia a finales de los setenta, para convertirse en una de las principales causas de sufrimiento de la sociedad española en las décadas que siguieron. Según datos de la Secretaría General para la Paz y la Convivencia del Gobierno vasco (octubre 2016), ETA y sus organizaciones afines han causado 837 muertos, alrededor de 2.500 heridos, además de 80 secuestros, 15 de los cuales terminaron en asesinato y uno, el de José Antonio Ortega Lara, se prolongó 532 días. Hay que añadir, además, la tragedia más oculta de la frecuente falta de respuesta social a los atentados —que empezó a cambiar con el nacimiento de Gesto por la Paz a mitad de los ochenta— unida al drama de los que sufrieron las amenazas y el chantaje terrorista, que obligó a entre 1.500 y 2.000 personas a vivir con escolta y forzó a otros miles de ciudadanos a abandonar su tierra. Fueron los años de plomo y fuego del País Vasco, cuando

los atentados, los secuestros y la extorsión terrorista camparon a sus anchas por toda España, con atentados como el de Hipercor en Barcelona (1987), o contra las casas-cuarteles de Zaragoza (1987) y Vic (1991), que incluyeron a niños entre sus víctimas.

La unidad de los partidos democráticos en torno al Acuerdo para la Normalización y Pacificación de Euskadi o pacto de Ajuria Enea firmado en 1988, dejaba clara la soledad política de los terroristas, pero el apoyo social —minoritario pero sostenido— de las diversas marcas electorales de su entorno también acreditaba la profundidad y las ramificaciones del conflicto que se vivía.

La lucha contra ETA tiene fases bien conocidas en las que destaca la tardía pero efectiva colaboración policial francesa para negarle el santuario de su territorio, que culminó con la caída de toda su cúpula dirigente en Bidart en un año tan sensible como 1992. Bidart supuso el giro definitivo en la acción policial en la lucha contra el terrorismo. Es de destacar la eficaz y muchas veces heroica acción de las fuerzas de seguridad del Estado, y la callada y abnegada acción de centenares de protagonistas que quedarán para siempre en el anonimato. También se cometieron errores trágicos, significados particularmente en la creación de los GAL (Grupos Antiterroristas de Liberación), auspiciados y financiados por el Ministerio de Interior y que desarrollaron su actividad criminal entre 1983 y 1987. El descubrimiento de este caso de terrorismo de Estado supuso uno de los más graves escándalos de la historia de la democracia española. Según el citado documento del gobierno vasco, las víctimas mortales de los GAL habrían sido 24, a las que habría que sumar las más de 30 causadas por grupos como el Batallón Vasco Español y otros afines que en años anteriores atentaron también contra el entorno de ETA y el nacionalismo. La cifra total de víctimas se situaría entre 60 y 70, pero solo en 33 casos se han tramitado diligencias.

Aún en 1997 ETA cometería uno de sus crímenes más brutales: el secuestro y posterior asesinato del concejal del Partido Popular Miguel Ángel Blanco. Por su modo de proceder y por la masiva movilización social que produjo, el asesinato marcó un antes y un después en la percepción social de un grupo terrorista con unos miembros cada vez más radicalizados y desconectados de la ciudadanía, condenados ya de manera casi universal por una sociedad civil en

estado de shock por la continuidad de la actividad de la banda. Desgraciadamente aún quedaba mucha muerte y mucho dolor por el camino, pero ya se adivinaba el ocaso de la organización acosada por la efectiva acción policial y herida fatalmente por la sinrazón de sus medios violentos.

Un archipiélago de treguas

A lo largo de su historia ETA ha decretado una decena de treguas. La primera de ellas, en 1981 —poco después del fallido golpe de estado del 23F— derivó en el abandono de la lucha armada de una facción, la llamada *ETA Político Militar VII Asamblea*. Era en efecto un grupo minoritario frente a *ETA Militar*, pero ya entonces quedaba claro que nunca, pero aún menos si cabe con una democracia, podría existir unanimidad en un grupo humano sobre la posibilidad de quitar la vida a un prójimo para satisfacer un fin político. Uno de los miembros de aquella escisión, Mario Onaindia, llegaría a ser uno de los máximos dirigentes del partido socialista en el País Vasco. Después vendrían otros altos el fuego. Destaca sin duda el que inició en 1989 las llamadas Conversaciones de Argel: el primer esfuerzo de negociación publicitado para alcanzar un compromiso que acabase con la actividad terrorista. Fue un fracaso. Tras varias propuestas —parciales y limitadas en el tiempo— en 1998 ETA anunciaba una tregua indefinida. Esta vez sí el gobierno del Partido Popular consideró que el anuncio reunía las condiciones de credibilidad para iniciar un proceso de diálogo, que tendría lugar en Suiza. Aquello inició más de un año de cese de la violencia, pero el desenlace, de nuevo, fue el desencanto. El 28 de noviembre de 1999 ETA anunciaba el fin de la tregua y la vuelta a sus “acciones armadas”.

El paso del tiempo en cualquier caso era inexorable y la primera década del siglo XXI trajo el ocaso definitivo de cualquier posibilidad de legitimación de la actividad terrorista en Europa. En 1998 el Acuerdo de Viernes Santo supuso el principio del fin de la actividad del IRA que, con todas las diferencias entre el caso vasco y el irlandés, había sido precisamente el gran referente de la acción de ETA. Por otro lado, los atentados del 11S llevaron la condena de la

actividad terrorista a un nivel nuevo, y fortalecieron la cooperación policial internacional, lo que reforzó la ya de por sí muy exitosa actividad en la lucha contra ETA. A lo largo de aquella década, ETA lanzaría propuestas erráticas, como el cese de la actividad terrorista en Cataluña en 2004, o la tregua parcial de 2005 (que sólo afectaba a los cargos electos). Pero a fines de 2006 el atentado de la T4 del Aeropuerto de Barajas —la acción en la que ETA usó la mayor carga de explosivos hasta la fecha— cerró de nuevo el umbral de la esperanza, con el saldo de dos víctimas mortales. Al mismo tiempo, el atentado acreditaba la realidad de una acción terrorista cada vez más acosada, con sus sucesivas marcas electorales crecientemente distanciadas de la organización terrorista. El periodo que se iniciaba, por otro lado, sería uno de los más fructíferos en la historia de la lucha policial contra ETA.

El desafío de la paz y la reconciliación

Es muy probable que nunca conoceremos plenamente todos los pasos que se han dado en los últimos años para propiciar el fin de la actividad de ETA. A partir de 2010, comenzó a dar señales de su voluntad de buscar un fin a la actividad terrorista, aunque su lenguaje frío e irreal contrastaba con una sociedad cuyo clamor contra el terrorismo tenía ya valor de ultimátum. En marzo de ese año ETA acogía de forma positiva la Declaración de Bruselas, firmada por personajes de talla internacional, incluidos varios premios Nobel de la Paz, que le reclamaba un alto el fuego permanente y el compromiso por los medios pacíficos, democráticos y no violentos, que pudiera ser correspondido por el gobierno español. En octubre de 2011 se celebró en San Sebastián una conferencia internacional de paz, con la participación de personajes como Kofi Annan, el ex primer ministro irlandés Bertie Ahern, la ex primera ministra noruega Gro Harlem, o el líder norirlandés Gerry Adams. ETA no participó, pero sí lo hizo su entorno político, así como otras fuerzas nacionalistas. El gobierno español se abstuvo de acudir, pero afirmó que no se oponía a su celebración. Tres días más tarde, el 20 de octubre, ETA anunciaba su compromiso “claro, firme y definitivo” de abandonar la “confrontación armada”, y al mismo tiempo, emplazaba a los gobiernos español y francés a abrir un proceso de diálogo.

Tras más de cinco años, y apenas unas semanas antes de redactarse este editorial, ETA ha entregado aparentemente lo que quedaba de su arsenal operativo. La banda carece de estructura orgánica digna de tal nombre, y la sucesión de acciones policiales contra ella no ha hecho sino acentuar su debilidad. Por su parte, la izquierda abertzale ha emprendido una andadura política más allá de las cadenas de ETA. El proceso que conduce a su fin supone la derrota del terrorismo y la victoria de la democracia y del Estado de Derecho. La gran derrota se ha producido en la calle, donde —con altibajos y en un proceso no exento de dificultades y de tensión— la inmensa mayoría de los ciudadanos desde hace tiempo rechaza la violencia y percibe ya una realidad en la que el mal que es el terrorismo debe ser definitivamente dejado atrás. La historia de ETA es también la del drama particular de los que han entregado años a un camino injusto y cruel, y quizás ahora despiertan del sueño pernicioso que les ha robado su propia vida, y, lo que es más grave, les ha hecho arrebatarse la de otros.

Desde *Razón y Fe* nos sumamos al clamor que pide como el siguiente paso necesario la disolución de ETA y el reconocimiento del daño causado. El horizonte deseado va más allá del rechazo de la violencia y ansía la paz verdadera y la reconciliación, palabra siempre más fácil de decir que de vivir y que no puede imponerse ni exigirse. El conflicto que se ha vivido en el País Vasco tiene raíces profundas y las heridas están aún por cicatrizar. Es tarea primera, necesaria e ineludible, compleja y valiente, componer el relato de lo sucedido para mantener viva la memoria y reivindicar siempre a las víctimas. El reto permanece y por eso son bienvenidas iniciativas como la reciente investigación de la Universidad de Deusto, "Misivas del terror", que aborda una de las áreas no estudiadas hasta ahora: la extorsión de ETA a casi 10.000 empresarios vascos exigiendo el llamado impuesto revolucionario.

Serán necesarios la reflexión y el diálogo tanto sobre lo sucedido como sobre el futuro que se quiere construir y, sobre todo, una gran generosidad por parte de las víctimas, tal y como la experiencia muestra en otros lugares del mundo. En la intimidad de cada vida y de cada circunstancia, muchos vascos han comenzado ya el complejo proceso para reconciliarse con su tierra y con sus vecinos, a sanar en lo cotidiano una sociedad rota. Se requerirá prudencia y

tiempo para, además, afrontar de modo ético una serie de cuestiones de diverso calado, entre las que apuntamos: una ajustada política penitenciaria que prepare antes y facilite después de que alcanzan la libertad la reinserción social de los presos; el fomento de una justicia restaurativa que siga posibilitando los encuentros entre las víctimas y victimarios que lo deseen; los derechos de todas las víctimas de atentados terroristas, y el tratamiento de todos los atentados con resultado de muerte que quedan sin esclarecer. Para el País Vasco se abre la hora de la hondura y de la novedad. Queda mucho por hacer. Como ha afirmado el obispo de Vitoria, “nos espera un largo camino en el que no podemos ni desanimarnos ni restarnos sino sumarnos”. Los sucesos de estas últimas semanas invitan a hacerlo desde la esperanza. ■

SALTERRAE



**CARLO MARIA
MARTINI**



El sol interior

Nuestras fragilidades y la fuerza de Dios

Prólogo de

ENZO BIANCHI

CARLO MARIA MARTINI

El sol interior

*Nuestras fragilidades
y la fuerza de Dios*

240 págs.

P.V.P.: 16,50 €

Este texto inédito de 1975, encontrado entre los papeles de Carlo Maria Martini, es como un «manual de la vida interior» que nos ayuda a mirarnos por dentro, identificar nuestras inquietudes, defendernos del «mordisco del espíritu negativo» y hacer frente al estado de «desolación espiritual» que siempre acecha a quien desea seguir el Evangelio. Martini hace una exhortación a la confianza, sobre todo cuando se cae en los tentáculos de las fuerzas oscuras del maligno, porque «volverá la serenidad; solo debemos esperar a que reaparezca el sol interior, la luz del alma, con una disposición paciente, resuelta y valiente».



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
